

Siete claves para un nuevo ciclo político

Daniel Brieba

1. El fin de los consensos de la transición

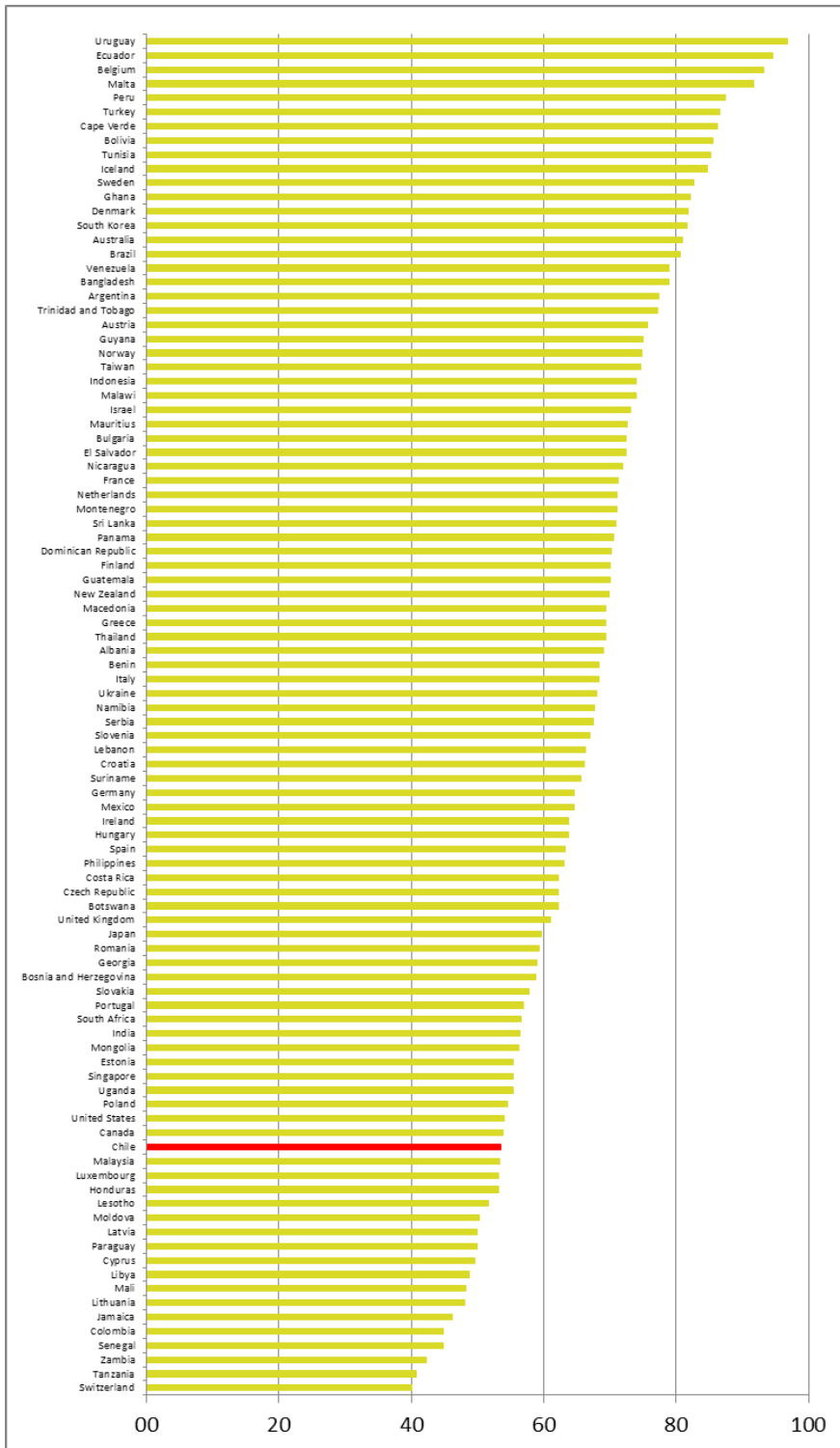
El dato fundacional del nuevo ciclo político es que, como quedó abundantemente claro en la campaña presidencial, se acabó el (implícito) pacto transicional bajo el cual las reglas constitucionales heredadas de la dictadura, y los lineamientos programáticos de fondo sobre el 'modelo' económico y social, no se podían poner en cuestión. En efecto, ya no existe un consenso transversal entre las principales fuerzas políticas del país en torno a la dirección que debiera tomar éste. Las grietas que siempre tuvo este consenso –sobre el binominal o sobre los impuestos, por ejemplo– son ahora verdaderos forados que han separado a los bloques en forma palpable. No sólo la Constitución, sino también la educación superior gratuita, el financiamiento compartido, la reforma tributaria y la profundidad de la 'agenda valórica', son áreas donde hay diferencias importantes y cuya reforma en los términos planteados actualmente habría sido prácticamente tabú en la campaña de 2009. Por cierto, estamos lejos aún de una polarización radical de posiciones o de tener diferencias políticas insalvables; pero el que después de más de 20 años de consenso exista una reapertura de las distancias ideológicas y una repolitización del espacio programático constituye un dato de primer orden respecto al ciclo político que se abre.

2. A pesar de todo, baja participación y bajo interés

Como señaló Carlos Peña, resulta paradójico que la campaña haya estado marcada por una gran intensidad discursiva, en que varios candidatos

prometían prácticamente la refundación de Chile, y sin embargo la participación electoral haya sido, por bastante, la más baja desde el retorno de la democracia. Con apenas un 53% sufragando (calculado sobre un padrón efectivo de 12,5 millones), la disonancia entre debates donde absolutamente todo parecía estar mal en Chile y la realidad de una gran masa de chilenos que decidió que no había gran cosa en juego (para bien o para mal) en esta elección es evidente. Esta baja participación tampoco parece cuadrar con la magnitud, persistencia y fervor de las marchas estudiantiles de 2011, así como la regularidad de las movilizaciones sociales desde entonces. En efecto, la paradoja no es menor. Según la encuesta LAPOP 2012, Chile fue el quinto país de América donde más gente participó en alguna protesta en dicho año (11% de la población adulta) y, sin embargo, sus tasas de participación electoral están ahora entre las más bajas de la región y del mundo (ver Gráfico 1). En cada elección presidencial desde 1989 a la fecha ha participado una proporción más baja del electorado, cayendo en 24 años desde el 86% al 53% –una de las caídas en participación más pronunciadas y persistentes en participación de las que se tenga conocimiento en la experiencia internacional–, y que aún no muestra signos de detenerse. Dicha baja participación encuentra su correlato en grados bajos de interés por la política entre los chilenos. Por ejemplo, en la última encuesta de Latinobarómetro Chile apareció como el país con el menor interés en asuntos políticos de toda la región. Asimismo, según la última encuesta CEP, a mes y medio de la elección el 57% de los chilenos había pensado ‘poco’ o ‘nada’ sobre ésta –una cifra idéntica a la de la encuesta de julio. Claramente, la relación de los chilenos con la política es más compleja que los que sólo miran la calle o sólo miran las urnas nos harían creer. Una parte (más educada) de la juventud lidera un movimiento de protestas que no engloba a toda ésta ni se traduce en una repolitización comprensiva de la población, la cual sigue, en proporciones muy significativas, fuertemente desconectada de la política y sus avatares.

Gráfico 1: Nivel de participación en última elección presidencial/parlamentaria

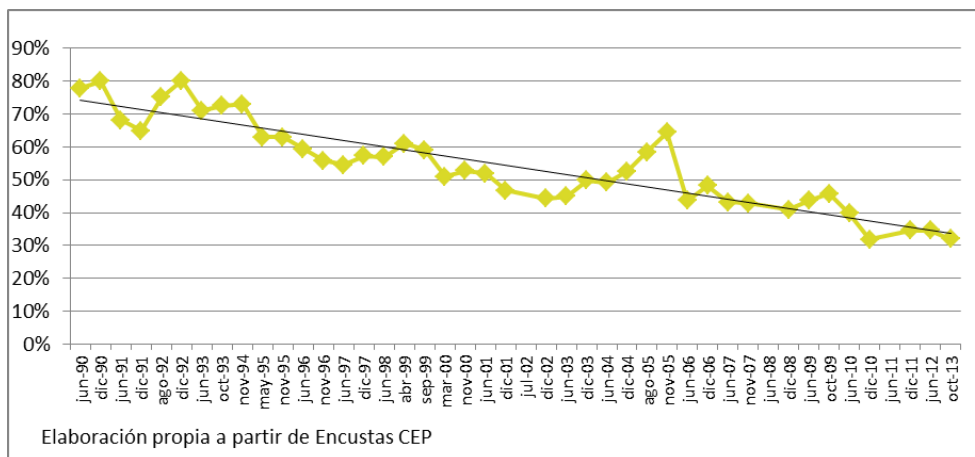


Fuente: Elaboración propia con datos de www.idea.int.

3. Baja identificación partidaria

Junto con el bajo interés en la política y la baja participación electoral ha habido, desde 1990 a la fecha, un proceso silencioso pero sostenido y radical de desidentificación partidaria entre los chilenos. Como muestra el Gráfico 2, si en 1990 casi un 80% de los chilenos se sentía cercano a algún partido, en octubre de 2013 sólo un tercio lo hacía. Este cambio es cualquier cosa menos trivial. Puesto que los partidos son las principales ‘anclas ideológicas’ del sistema político y el medio por el cual se estructura y estabiliza la competencia por el poder político, el debilitamiento de los vínculos entre éstos y la ciudadanía anticipa una volatilización de las lealtades electorales (que, como veremos en el siguiente punto, ya ha comenzado a ocurrir) y –eventualmente– un cambio significativo en el sistema de partidos en cuanto tal. La aparición de nuevos movimientos políticos, varios de los cuales llegaron al Congreso, es un claro signo de que los actuales partidos están fallando en su tarea de asegurar y reproducir adhesiones. Peor aún, partidos débiles suelen implicar un espacio ideológico volátil, donde ser de izquierda o de derecha empieza a perder significado. Sin ir más lejos, según la encuesta Latinobarómetro 2013, los chilenos somos los menos capaces en toda la región de auto-situarnos en algún punto del eje izquierda/derecha, con nada menos que un 38% no contestando dicha pregunta.

Gráfico 2: Identificación Partidaria en Chile (1990-2013): ¿Se siente cercano a alguno de los siguientes partidos políticos? (Sumatoria del % de menciones de identificación con algún partido político)

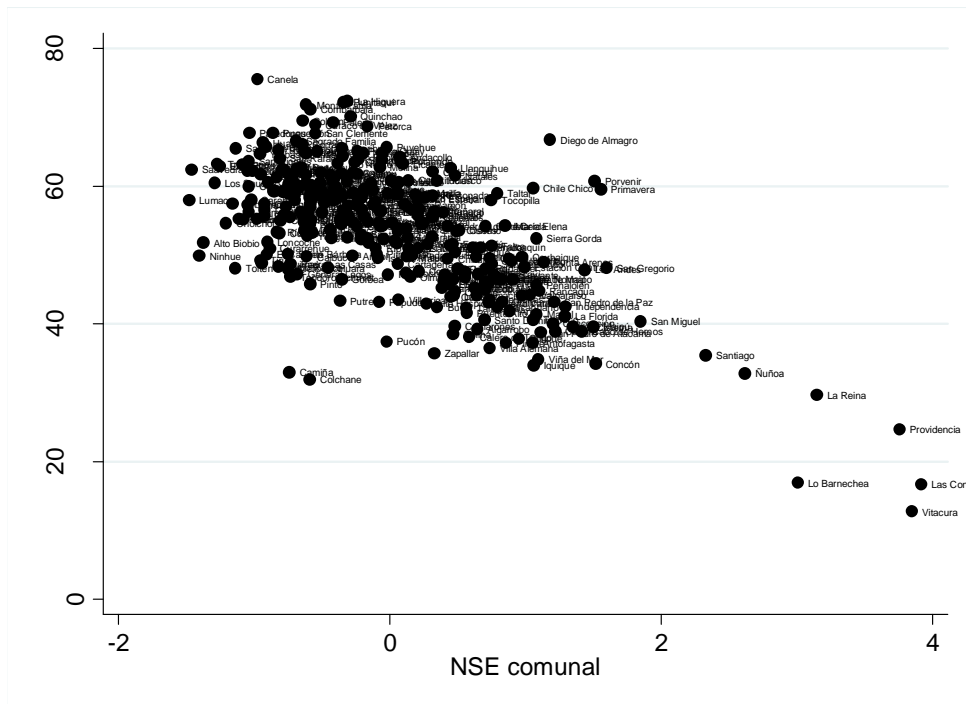


Fuente: Elaboración propia con datos de Encuesta CEP.

4. Desprogramatización del voto

Paralelamente al sostenido proceso de desidentificación partidaria, en Chile ha habido un proceso de desprogramatización de los vínculos entre los ciudadanos y sus representantes. Esto, cuanto las razones que tienen los ciudadanos para votar por uno u otro partido o coalición dependen bastante menos de lo que habitualmente asumimos de las visiones ideológicas y propuestas programáticas de los candidatos en cuestión. Como han mostrado ya diversos autores, más que divisiones como conservador/liberal en lo valórico o estatista/pro-mercado en lo económico, desde 1990 ha sido la oposición entre el Sí y el No la única capaz de 'ordenar' los votos de las personas en el eje derecha/izquierda a lo largo del tiempo –y aun así este eje ha perdido buena parte de su fuerza. Algunos datos ilustran esta situación. Por ejemplo, según la última encuesta CEP, nada menos que el 83% de los chilenos está a favor de la nacionalización del cobre, con nula diferencia en esta respuesta entre personas de izquierda, centro o derecha. Sin embargo, el único candidato que convirtió esta propuesta en uno de los ejes centrales de su campaña (M. Claude) no llegó siquiera al 3% de los votos. Por otra parte, la encuesta CEP reveló que aproximadamente el 30% de las personas que apoyaban la gestión del gobierno del Presidente Piñera votarían por Bachelet en la elección (y sólo un 40% por Matthei). Asimismo, tanto el voto de Parisi como el de ME-O venían en partes más o menos iguales de partidarios y detractores del actual gobierno, a pesar de las importantes diferencias programáticas entre ambos candidatos. Por último, llama la atención que (según la CEP) el apoyo a medidas clave de Bachelet como la reforma al binominal, una nueva Constitución o una reforma tributaria es sustancialmente más bajo en el nivel socioeconómico bajo que en los medios y altos; y sin embargo, como muestra el Gráfico 3, el voto por Bachelet fue claramente más alto mientras más pobre la comuna en cuestión. Nuevamente, esto sugiere que su voto –particularmente a nivel popular– tiene un fuerte componente personal, es decir, no basado en sus propuestas programáticas.

Grafico 3: Votación de Michelle Bachelet según nivel socioeconómico comunal



Fuente: Elaboración propia.

5. La personalización de la política

Lo anterior nos lleva directamente a constatar que los vínculos entre la ciudadanía y los políticos se han personalizado de manera significativa. En otras palabras, el voto de las personas depende cada vez más de características personales de los candidatos y menos de sus ideas o programas. La dimensión carismática de la política se ve así acentuada. En la actual elección, candidatos como ME-O, Bachelet o (especialmente) Parisi tuvieron especial fuerza debido a este factor. Como lo ha mostrado convincentemente y ya hace años el cientista político Juan Pablo Luna, la combinación de desprogramatización y personalización de los vínculos que él ha documentado ha tenido su correlato en el debilitamiento de los partidos políticos en cuanto organizaciones ideológicas y también de sus estructuras territoriales. Bien lo saben los alcaldes y parlamentarios, que dependen del acceso a recursos financieros y organizativos para estructurar vastas redes territoriales de gestión de favores localizados sin las cuales su posición electoral se debilita fuertemente. En efecto, en esta

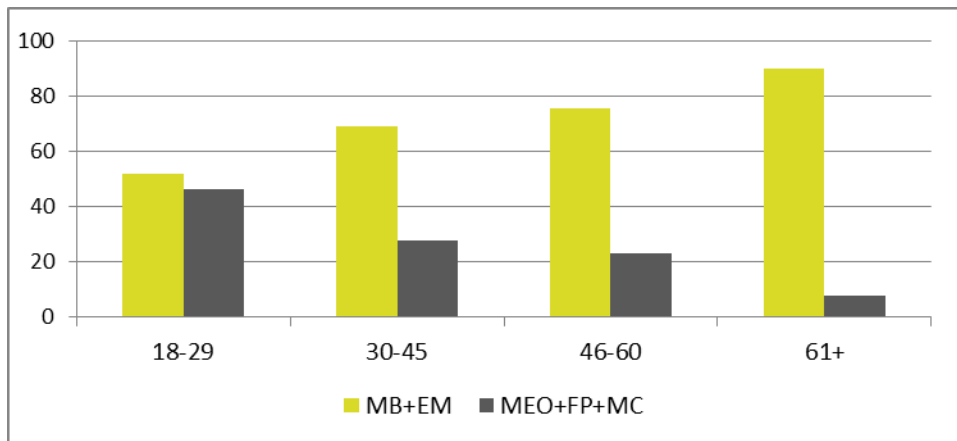
elección fuimos testigos una vez más de cómo los políticos más exitosos a nivel parlamentario son aquellos que poseen fuertes redes territoriales en sus distritos, que consolidan frecuentemente mediante el uso de familiares directos para copar otros cargos clave del lugar (como alcalde, CORE, etc.), y que están bajo el control directo del parlamentario en cuestión y no del partido al cual éste pertenece. Así, y contrario a lo que se suele pensar, las cúpulas partidarias tienen bajo poder de disciplinar a dichos caudillos, de los cuales dependen para no desaparecer del territorio respectivo. El poder electoral de estos caudillos fue evidente, por ejemplo, en las senatoriales de Santiago, donde Girardi, Ossandón y Montes basaron su triunfo en sus respectivos bastiones electorales de Cerro Navia, Puente Alto y La Florida, respectivamente (en el caso de los últimos dos, habrían perdido de no ser por el gran caudal de votos que les aportó 'su' comuna). Con las personas votando abrumadoramente por personas antes que por marcas partidarias (la principal excepción, nota Luna, es el barrio alto de Santiago), la reputación partidaria pierde importancia y los parlamentarios ganan en autonomía. Bien lo saben los candidatos a diputado de la Alianza, que lograron mantener a nivel parlamentario un caudal de votación más cercano a su nivel histórico, pues los incumbentes cuentan con redes territoriales y reputación propias que les permiten desacoplarse en cierta medida de la suerte de su coalición a nivel nacional. Esto también ayuda a explicar que nada menos que el 80% de los parlamentarios que fueron a la reelección la hayan obtenido: para un desafiante es muy difícil 'entrar' a un territorio donde el incumbente ya cuenta con redes desarrolladas.

6. Un nuevo electorado sin lealtad al Sí/No

La suma de los votos de las candidaturas presidenciales de las dos principales coaliciones se empinó sobre el 71% del total. Es una cifra alta – sólo tres de cada 10 votantes prefirió un candidato 'alternativo' – pero es la más baja desde el retorno a la democracia (y la segunda más baja fue la elección de 2009). Más aún, ésta es la primera vez que la suma de candidatos 'alternativos' obtuvo más votos (28%) que una de las coaliciones principales (25%). Adicionalmente, las cifras agregadas ocultan una dramática variación de preferencias entre votantes nuevos y antiguos. En efecto, un dato clave del nuevo ciclo político que se abre es que una nueva generación que llegó a la mayoría de edad después de la dictadura está reemplazando, lenta pero inexorablemente, a la vieja generación marcada por su experiencia histórica de dictadura y

democracia. Esta antigua generación puede haber perdido identificación con los partidos políticos, pero sigue votando lealmente por la candidatura de su sector. En cambio, la nueva generación está tan poco identificada con partidos como la anterior, pero no tiene las lealtades adquiridas de éstas. La diferencia se aprecia en el Gráfico 4, que en base a datos de la encuesta de la UDP muestra la suma de los votos por Bachelet y Matthei contra la suma de votos de ME-O, Parisi y Claude, según la edad del encuestado. Como se puede apreciar, la suma del voto de estos tres candidatos entre los jóvenes de 18 y 29 años fue muy similar a la suma de los votos de Bachelet y Matthei, cosa que se revertía totalmente en los mayores de 60 años, donde éstas obtenían más del 90% de la intención de voto. Estos datos son consistentes con el reciente estudio de comportamiento electoral de una muestra de mesas nuevas realizado por La Tercera en 14 capitales regionales, donde se advierte que, en dichas mesas de votantes 'nuevos' (en su abrumadora mayoría jóvenes), la suma de los votos de Bachelet y Matthei llegaba a sólo el 43%, con el restante 57% yendo a los otros candidatos. En estas mesas habríamos tenido segunda vuelta entre Bachelet y Parisi, ambos empatados con 25% en primera instancia. Un análisis preliminar de las más de 2200 mesas nuevas de la Región Metropolitana confirma estos patrones y muestra que estos nuevos votantes también son menos adeptos a las listas parlamentarias de las dos grandes coaliciones (y en particular a la de la Nueva Mayoría, que en dichas mesas recibe fuerte competencia del PRO). En suma, es claro que este electorado joven ya no concibe la política como estructurada en torno a dos grandes coaliciones, y la única razón por la cual su influencia no se siente más es porque vota a tasas mucho más bajas que los mayores de 40 años. Paradójicamente, el voto voluntario ha funcionado como una fuerza eminentemente conservadora (para bien y para mal), que actúa como freno para que una vasta masa joven y de escasa socialización político-partidaria concurra a las urnas y vote de maneras insospechadas para la élite.

Gráfico 4: Intención de voto según edad (sólo 'seguros' y 'totalmente seguros' que votarán)



Fuente: Elaboración propia a partir de encuesta UDP, 2° semestre 2013.

7. Éxito de nuevas caras y movimientos

Por último, las elecciones fueron un rotundo éxito para las caras y movimientos jóvenes, que constituyen la mejor promesa de renovación del sistema político ante la fatal irrelevancia de las juventudes partidistas. Revolución Democrática con Giorgio Jackson, Evópoli con Felipe Kast, el Partido Liberal con Vlado Mirosevic y la Izquierda Autónoma con Gabriel Boric emergen como grandes triunfadores. A ellos hay que sumar a Camila Vallejo, Karol Cariola e Iván Fuentes, que fueron en cupos de partidos consolidados. Estos 'rostros de la renovación' muestran con su ejemplo que a pesar de todas las cerraduras del binominal, la renovación es posible, en especial en un momento en que los partidos políticos necesitan desesperadamente de la frescura y legitimidad que la juventud y el movimiento social les aportan. En particular, el éxito de los movimientos mencionados en entrar en el Congreso es sintomático, ya que todos ellos son movimientos ideológico-programáticos, a diferencia de esa colección de caudillos locales que fue el PRI, el partido más exitoso en perforar el binominal en la elección pasada. Así, el mensaje es claro: ya sea en colaboración con una de las grandes coaliciones o en oposición a ambas, la élite política juvenil está plantando sus banderas en los espacios de poder y han marcado el inicio de un ciclo político en que los partidos tradicionales han perdido el monopolio de la representación político-ideológica. Si bien pueden aún ser cooptados o absorbidos por

socios de mayor tonelaje, su sola presencia es indicativa de la posibilidad de que veamos cambios mayores en el sistema de partidos chileno en un plazo no muy lejano.

Conclusión

Las claves arriba discutidas sugieren una situación paradójica. Por una parte, hay un proceso de largo aliento de despolitización de la sociedad chilena, caracterizado por el desinterés político, la desidentificación partidaria e ideológica, y la descendiente participación electoral. Estos procesos, que se iniciaron bastante temprano en la década del '90, no han revertido su curso a pesar de las masivas movilizaciones del 2011. Por otra parte, sin embargo, esas mismas movilizaciones gatillaron procesos significativos de cambio en partes de la élite política y de los segmentos más politizados – y aun significativos – del electorado. Ello se ha traducido, por una parte, en un tensionamiento del espacio programático a medida que la ex Concertación se desplaza hacia la izquierda para intentar encapsular las demandas del movimiento estudiantil y, por cierto, producto también de su propio proceso de cambio intelectual; y por otra parte, en un electorado con ansias de renovación y que premia por ende a los representantes de movimientos estudiantiles y sociales, así como a movimientos políticos nuevos que simbolizan renovación partidaria e ideológica. En suma, este nuevo ciclo político parece encontrar a nuestra política en una encrucijada, donde las propuestas de cambios estructurales en múltiples ámbitos que propone la Nueva Mayoría deberán ser mediadas por un sistema político en flujo en su cúspide, y despolitizado y parcialmente desprogramatizado en su base; y, tanto por lo uno como por lo otro, por partidos políticos transversalmente debilitados. Así las cosas, una revolución de expectativas se está encontrando frente a frente con una crisis de representación, lo cual sugiere que los desafíos políticos que tenemos por delante serán singularmente exigentes. ■

Bibliografía

- Luna, J.P. (2008). "Partidos políticos y sociedad en Chile. Trayectoria histórica y mutaciones recientes". En Arturo Fontaine, Cristián Larroulet, Jorge Navarrete e Ignacio Walker (eds), Reforma de los partidos políticos en Chile. PNUD, CEP, Libertad y Desarrollo, Projectamerica y CIEPLAN. Santiago, Chile
- Luna, J.P. (2010). "Segmented Party-Voter Linkages in Latin America: The Case of the UDI". *Journal of Latin American Studies*. 42, 325-356
- Altman, D. y Luna, J.P. (2011). "Uprooted but Stable: Chilean Parties and the Concept of Party System Institutionalization". *Latin American Politics and Society* 53 (2): 1-28.
- Luna, J.P. y Rosenblatt, F. (2012). "¿Notas para una autopsia? Los partidos políticos en el Chile actual". En Lucas Sierra y Francisco Diaz (Editores), Democracia con partidos. Informe para la reforma de los partidos políticos en Chile. CEP/Cieplan
- Mainwaring, Scott y Mariano Torcal. 2003. "The Political Re-crafting of Social Bases of Party Competition: The Case of Chile 1973-1995", *British journal of Political Science* 33: 55-84
- Tironi, E. y Agüero, F. (1999). "¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?". *Estudios Públicos* N°74.

Datos:

- Encuestas CEP, varios años
- Encuesta Opinión Pública UDP, 2° semestre 2013
- Encuesta LAPOP Chile, 2012
- Encuesta Latinobarómetro, 2013
- Datos electorales de Chile: www.servei.cl
- Datos de participación electoral internacional: www.idea.int

Horizontal | Diciembre de 2013